



El envejecer en su poesía

Carlos Martínez Rivas

Debo retroceder en mi exposición a un planteamiento previo.

Cuando fijo el envejecer como un aspecto en la poesía de Rubén Darío, no debe pensarse en el tema de la fugacidad e irrealidad de las horas de la infancia; ni de la lamentación de la mocedad perdida; ni del frío terruño de la ancianidad; ni del asedio del presentimiento de la muerte, -sino de la declinación cotidiana de la juventud hacia el envejecimiento.

Que no es la Vejez, con su innegable grandeza, reflejo y supervivencia de la primera ciudad; y de la segunda ciudad -la ciudad pagana; y de la tercera ciudad -la ciudad cristiana-. No se trata, pues, el viejo Adán, ni del viejo Príamo, ni del viejo Simeón, esperando impacientemente sólo ver al Salvador para partir.

El hombre viejo de estas líneas, no es el abuelo.

Aún cuando se refiera a un abuelo contemporáneo; esta palabra está ligada fatalmente a los abuelos, al primer abuelo. Y un abuelo es siempre el símbolo y la encarnación de esta larga memoria que sube desde el principio y es confundida con la frescura del principio y relacionada con la niñez, entremezclada con la niñez de la especie en los primeros patriarcas -“ved cómo la barba del viejo los bucles de oro circunda de armiño”- y que del otro lado es también confundida con el reposo y la sombra y la grandeza de la consumación. Con la muerte de los fúnebres ramos y la Estigia y la barca de Caronte deslizándose, o la muerte cristiana con el juicio final. Todo lo aludido pertenece a la mejor estirpe rubeniana.

Nada de esto habrá aquí. En la poesía de Rubén Darío he rastreado algunos versos suyos que nos hablan de la vejez crasa. De la hora vil y común del envejecimiento. Sin elevación, sin, orgullo, sin encomios estoicos a la Séneca, sin decoro latino, sin poesía.

Bernard Shaw, un apéndice que añadió a “Hombre y Super-Hombre” con el título de “Manual del Revolucionista”, inserta entre otros pensamientos de su protagonista John Tanner, autor de dicho Manual, la afirmación de que:

Todo hombre que haya pasado los cuarenta años es un bribón”.

Si se considera la frase sin tomar en cuenta que su autor es un paradójico crónico, se advierte que no es sino un equivalente desagradable del traído verso clásico que asegura con igual convicción que “los favoritos de los dioses mueren jóvenes”. Se imagina uno al malicioso vejete irlandés titubeando entre los treinticinco, los cua-

renticinco, los cincuenta... y refugiándose finalmente en el equilibrio de los cuarenta.

Es a los cuarenta cuando el hombre comienza a perder lo que no se recupera y a sustituirlo por lo que nunca se debiera haber recibido. La confianza es sustituida por la desconfianza; la esperanza por la ambición; el amor por la galantería, y la camaradería, la convivencia, por un intercambio de vinagres (“Y he sabido que el vino de nuestra vida breve precipita hondamente la ponzoña y la hiel” -del Retorno a la Tierra Natal).

Con más precisión y autoridad, la observación clínica nos transmite los siguientes síntomas:

“Alteraciones climatéricas a partir de los cuarenta años. Nuevos cambios bio-psíquicos cuya importancia justifica el calificativo de edad crítica que se ha aplicado a este período de la vida del individuo: en esta frase de la vida se agría el carácter, aparecen crisis de angustias y de ansiedad, de disgusto y mal humor y se propende a tomar postura de crítica resentida, de pesimismo escéptico; tendencia a la abstracción categorial (o sea: a no ser amigo de su vecino, sino a amar a la Humanidad; a tratar con insolencia y desdén a un artista oscuro, pero asegurando que la vida sin el arte es un desierto); impulso a la conquista de fama y prestigio y afirmación de la voluntad de poder; mayor propensión a la actitud sádica...”

Y con esto se presentan los “pequeños cuidados” devorantes; la ignorable y precoz vejez; los pálidos achaques de miedo; las falsas alegrías del espíritu: lo comido sin hambre y bebido sin sed; las prevaricaciones; las furias vengativas la negra melancolía, el adormecimiento de la conciencia, o su despertar a inútil vigilia y papeleo narcisista, cuando el corazón hace psicología en vez de hacer penitencia.

Es satisfactorio observar cómo las revelaciones de este orden no se inician en la obra de Rubén Darío sino a partir de “Cantos de Vida y Esperanza”. Leyendo “Prosas Profanas”; se encuentran, si se quiere, numerosos versos alusivos a la muerte; pero no hay uno solo que hable del envejecer. Porque es un tema que le impone la propia experiencia, y está lejos, más lejos que ningún otro sentimiento de la retórica o la “literatura”.

Los ejemplos, en nuestro trabajo, no son muy numerosos. No es de esperar que él -como esteta, que era- se sintiera muy atraído a redactar esos momentos desagradables de su conciencia y de su físico. Inventemos un vocablo provisional: espejo-conciencia. Cuando fisonomía y carácter se van iden-

tificando, y el alma interna y todos sus actos son como una arcilla que trabaja de dentro para afuera. Una mascarilla exógena. El espejo de nuestra conciencia y la conciencia de nuestro espejo, es el lugar común donde nos asomamos con nuestros ojos, y donde antes al menos florecía el animal de salud, y ahora sólo se marchita el hombre viejo. El Eclesiástico (Cap. 19, versículos 27-30) nos respalda: “... el aspecto del varón, la risa de los clientes y los pasos del hombre revelan su interioridad.”

Rubén Darío, en el retrato transparentemente autobiográfico de Benjamín Istaspes, en su novela inconclusa “Oro de Mallorca”, nos confirma:

“Se encontraba -dice de su héroe- a los cuarenta y tantos años fatigado, desorientado... Amigo de bien parecer, de bien comer y de bien gozar como era; cansado ya de una copiosa labor cuyo producto se había evaporado día por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los patronos, de los explotadores de su talento; dolorido de las falsas amistades, de la ignorancia agresiva, etc., se veía en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento un fisiológico, medio neurasténico, medio artístico, medio gástrico...”

Y en “NO OBSTANTE”:

Oh terremoto mortal.

Yo sentí un día en mi cráneo como el caer subitáneo de una Babel de cristal.

Y vi lo que pudo ver cuando sintió Baudelaire “el ala del idiotismo”.

Cuando Baudelaire siente el “ala del idiotismo” siente también el resabio, el gusto de la nada. El poema aludido es “*Le Gout du Néant*”. Y parece deben prestarse a esos versos un carácter particularmente autobiográfico; pues Baudelaire, también precozmente espantado de su envejecimiento, confesaba algunas veces a su madre la inquietud que experimentaba del idiotismo, de verse decaer y agotarse su verbo poético.



“Yo sentí un día en mi cráneo...” Estas alusiones al

cráneo se repiten con frecuencia; en el Tercer Nocturno:

“dentro de mi cráneo pasa una suave tormenta”

“Epístola a Mme. Lugones”:

“el sentir como un caracol en mi cráneo...”

En “Poema del Otoño”:

“nuestro cráneo guarda el vibrar”

Estos dos versos anteriores, aunque expresen una pasajera sensación de goce, dejan traslucir el estado de hiper-sensibilidad y de surmenage en que se encontraba.

En la “Epístola a Mme. Lugones” prosigue:

“... y he exprimido la ubre cerebral tantas veces que estoy... Harto de profilaxis, de ciencia y de verdad”.

Para continuar, ya identificando al hombre viejo de cuarenta y tantos con el “hombre viejo” de San Pablo, el interior:

“... antes de que las prematuras canas

de alma y cabeza hicieran de mí la mescolanza

formada de tristeza, de vida y esperanza”.

Y hoy, finalmente, un breve poema, un epigrama, que él debe haber escrito con una intensa conciencia de auto-expresión. Me refiero a los seis versos escritos sobre un retrato suyo dedicado a su hermana Lola Soriano de Turcios:

“Este viajero que ves es tu hermano errante, pues aún suspira y aún existe; no como le conociste, sino como ahora es: viejo, feo, gordo y triste”.

No se pretende, al escoger esta parcela de la obra de Rubén Darío, imponer -ni siquiera a las mentes más dóciles- la teoría de que aquí están contenidas sus ideas primordiales y sus mejores logros técnicos. Quizás sea un aspecto entrevisto; quizás él lo haya tocado con negligencia y hasta con repugnancia, con dedos recelosos. No son bellos, y el universo que evocan es más bien deplorable y prosaico. Pero hay un prosaísmo en Rubén, una poética de lo prosaico, difícil de recibir y de entender, y que bien pudiera ser la piedra de toque de su obra. Tal vez, en el futuro, será imperdonable el haber sido sordos y desatentos a esa desarmonía. Creemos que esos versos -esparcidos como arrugas en la tersura de su obra, toda ella orden y opulencia- son productos de esos momentos del hombre viejo que también es el hombre feo. Lo que dicen nos parece tan valioso y tan esencial y están expresados, literariamente, en forma tan “apropiada”, que, no decimos sacrificaríamos otras de sus cualidades por ésta, pero tampoco nos comprometeríamos a sacrificar ésta por ninguna otra.